

LA VENDETTA

PARTINELLO

Es el verano de 1880, hacia calor y decidimos bañarnos en la playa de Caspiu, que quedaba como a una hora de camino de nuestro pueblo Partinello, un pequeño pueblo de montaña de unas cincuenta casas, muchas estaban abandonadas, por la crisis económica que asolaba a la isla como consecuencia de la revolución industrial, la mano de obra fue despedida en masa. Los adultos jóvenes se alistaron como mercenarios en el ejército francés, pero familias completas emigraron a Italia y especialmente a Puerto Rico y Venezuela.

Yo era el mayor del grupo y apenas tenía doce años, me acompañaban mi hermano Nuncio y otros niños del pueblo. El agua estaba muy fría, pero aún así nos metimos y jugamos un rato, descansamos antes de partir, ya que ahora había que subir y fácilmente nos demoraríamos dos horas. Esta pequeña rada era utilizada por los contrabandistas, quienes en pequeñas yolas burlaban la vigilancia del caporal del Puerto de Porto, para evitar pagar la coima que cobraba por el supuesto derecho al paso. Ese día cargaban barriles de aguardiente que eran fabricados en los alambiques clandestinos de la zona, que eran dirigidos por el caporal de la comuna de Partinello: Don Pacualle. Existían diferencias entre estos dos caporales, pero sin lugar a dudas el caporal del Puerto de Porto era de más poder, ya que tenía bajo su custodia una "familia" más numerosa.

Emprendimos la subida por un camino para carretas de bestias. El ambiente estaba impregnado por el aroma de los Maquis, de manera que aprovechamos para recogerlos y llevarlos a la casa, mi mamá hacía una mermelada muy rica.

Apenas abrí la puerta, mi mamá me dijo: "***où étaient-ils?***" (Donde estaban), le entregué los maquis y le expliqué que habíamos ido a la playa, "***Lorenzo qui-ne sont pas comme moi beaucoup di temps loin***" (Lorenzo, no me gusta que estén tanto tiempo fuera).

"et il est l'heure du diner" (ya es la hora de comer). En la cena estaba mi padre Domingo, mis hermanos Nuncio, Domingo, el más pequeño y mi madre Catalina, quien nos había preparado una sopa Menestre y Figatell (salchichas de Hígado de puerco) acompañados con papas salcochadas y unos Canistrelli (biscocho de limón, anís y castaña), ésta era sin duda una cena especial, porque Domingo cumplía seis años.



Ese día domingo después de asistir a la misa en la capilla del pueblo, fui con mi padre para revisar el alambique y para explicarme como se hacía el aguardiente.

De regreso me enseñó la montaña mas alta de la isla: ***El Monte Cinto***, que



apenas se veía en los días despejados como hoy. ¿Que has aprendido en la escuela? He aprendido muchas cosas, especialmente de la historia de Córcega: ésta tierra había

sido invadida desde tiempo inmemoriales por dife-

rentes países, los Fenicios, los Griegos, los Iberos y los Persas los cuales entraban y salían con regularidad, expulsándose los unos a los otros haciendo que los verdaderos corsos se adentraron en las montañas y se escondieran en los "tafone". En el año 259 a. c. con motivo de la primera Guerra Púnica, Roma invade Córcega y comienza una dominación que duró hasta el año 774 ; *(al principio fue refugio de muchos cristianos que huían de la persecución romana, razón ésta por lo cual la isla tiene unas de las primeras santas mártires, entre las que destacan Santa Julia que murió martirizada y cuando su cuerpo era llevado para su entierro a las costa de África, el barco naufragó y llegó a la zona de Mónaco, en donde por éste motivo se convirtió en su patrona Y Santa Devota que es la patrona de los corsos)*. Este dominio terminó cuando Carlo Magno conquista la isla, luego en el 884 la isla estaba bajo la tutela de la Toscana, alternando con Génova y Piza. Encomiendan a Bonifacio II la protección de la isla, la cual continuó con el reinado de Adalberto; luego ocupada durante 65 años por la tribu de los Vándalos, que eran de origen germano. Recuperada nuevamente por los descendientes de Adalberto, quedando bajo el dominio de los Toscanos, durante toda la edad media. En 1739 es nombrado Pasqualle Paoli (partidario de la independencia) como jefe del gobierno elabora la primera constitución. Ellos habían desarrollado un sistema de comunas o municipios, en donde se nombraban un dirigente que era llamado Pieve, que era elegido por votación popular, incluido el voto de las mujeres, éste a su vez elegía a los padres de la comuna, que originalmente eran personas mayores, en número de doce, que se reunían en asambleas y elegían al presidente que se llamaba Podestá, y estos nombraban al **caporal**, que era el encargado de cuidar a los pobres para que no se cometieran injusticias. En 1768 por el tratado de Versalles Génova entrega a Córcega a Francia como parte de pago por deuda de guerra. Paoli, regresa y comanda la resis-

tencia, pero es vencido y escapa para Londres (donde muere y es enterrado en la Abadía de Westminster), queda a cargo del gobierno su secretario Carlo Bonaparte, quien en un "**luppolo chiudere**" se pasa al ejército Francés (Padre de Napoleón Bonaparte). El sistema comunal ha persistido en parte, pero los caporales han adquirido un gran poder, en la práctica, todo lo que se hace, debe contar con el permiso de ellos. ¡Bastaj ya veo que has aprendido, lo de los caporales es lo único que entiendo, pero del resto, casi no recuerdo lo que me dijiste, creo que no te preguntaré mas ¿que has aprendido en la escuela?

En nuestro pueblo no había escuela, así que debíamos asistir a la escuela de Porto, el viaje lo hacíamos en las carretas de los vecinos que llevaban a sus hijos o en burros que se podían dejar en los prados comunales, que se encontraban en las afueras del pueblo de Calamques, ahí los recogíamos para regresar. Solo había tres días de actividades, ya que se suponían que debíamos ayudar en las labores del campo. Yo estudiaba el cuarto grado y Nuncio estaba en tercero. En éste colegio terminé los primeros grados y luego seguí un curso de carpintería y un curso de manejo de los capullos de los gusanos de seda (sericicultura).

Nuestra casa era de dos plantas, en la comuna de Partinello, situado en la zona de Cismonte, en la parte de abajo estaba el establo, donde teníamos varias ovejas y cabras, para el ordeño que se utilizaban para hacer queso, que llamaban "**Brocciu**", parte era vendido y parte para el consumo de la casa. En el patio teníamos una mata de castaño, matas de morera y uvas para hacer el vino y el aguardiente, estas últimas principal sostén de la familia, que era llevado a estraperlo a Francia.

La situación económica en la isla estaba empeorando, la venta de los capullos disminuyó, el contrabando del aguardiente empeoró, por los pleitos entre

los dos caporales. Un día en un refriega por el pago a la familia de Porto, terminó muerto de una puñalada Carminne, ésto determinó que apareciera asesinado a tiros uno de los cobradores del puerto. Se había desencadenado una **vendetta**, motivo por el cual el contrabando del aguardiente cesó, agravando la situación económica. Con frecuencia se oía de alguna escaramuza, con resultados de heridos y hasta muertos.

Nuestro padre tomó la decisión de enviarnos con unos primos a Venezuela, para evitar que nosotros participáramos en la vendetta. Les había enviado un correo a los primos Figarella que vivían en Tumeremo (Venezuela), la respuesta tardó dos meses en llegar.

Para ese momento tenía 18 años (1886), un año menos Nuncio y Domingo doce. Toda la tarde fue para la explicación que nos daba mi padre, especialmente a mí que era el mayor. Se van de viaje a Venezuela en un pueblo donde se encuentran unos primos, deben permanecer juntos y Uds. le deben hacer caso a Lorenzo, que ahora es como su padre. Llegarán a Ciudad Bolívar, ahí los estarán esperando los primos Figarella, que los llevarán a Tumeremo, ahí nos esperaran, nosotros iremos después. Mi madre nos había hecho unas pequeñas bolsas de tela, con un cordel para el cuello en donde se encontraba la identificación de cada uno, el permiso de viaje y la dirección en donde iríamos, ésto debe permanecer con Uds. no se cuantas veces mi madre me abrazó o me besó, ni cuantas veces me dijo que me quería y que me cuidara. Mi padre me entregó una pequeña petaca de cuero con unas monedas y me dijo ten cuidado con esto, espero que lo administres bien. Creo que era todo lo que tenían. Pero ¿seguro que luego vendrán? ¡Seguro! En el almuerzo mi madre nos preparó un “civet de jabalí”, también había “chanfaina”, “botarga” y de postre teníamos “brocain” y las famosas “île flottante”, nos acompañó Don Pascualle.

En la noche fuimos hasta la playa y ahí nos esperaba un pequeño bote. Embarcamos con rumbo a Marseilla, donde tomaríamos un buque mercante de la compañía Compagnie Francaise de Navigation á Vapeur Cyprien Fabre & Cie. El buque estaba abarrotado de pasajeros, teníamos un camarote para los tres con una litera, la mayor parte del tiempo lo pasábamos en la cubierta, el barco hizo muchas paradas en puertos del Mediterráneo, recogía mas y mas pasajeros, parecía que no entrarían, muchos dormían sobre la cubierta, pasamos cinco días de viaje y atracamos en Puerto España en Trinidad, aquí permanecemos todo el día, desembarcaron pasajeros y mucha de la carga.

Uno de los oficiales se nos acercó y nos dijo que debíamos desembarcar y trasladarnos a otro buque de menos calado, ya que tenía que ingresar al río Orinoco para poder llegar a Ciudad Bolívar. Tomamos nuestras pertenencias y bajamos, en medio de la confusión de la gente, Domingo se nos separó, lo buscamos por todo el puerto sin resultado, hable con el capitán del barco de cabotaje, para ver si nos podía esperar mientras buscamos al niño, los oficiales del barco nos ayudaron en la búsqueda, pero fue infructuosa. El capitán me dijo: debemos partir para poder aprovechar la marea que permitía el paso por el Delta del Orinoco. No sabía que hacer si quedarnos o irnos, le pregunté cuando habría otro barco que fuese a Ciudad Bolívar, me dijo que en tres días, así que decidimos quedarnos para seguir buscando, le pedí que le informara a mi primo que nos estaría esperando, le di una nota para Napoleón (mi primo); fueron tres días difíciles, no nos alejamos mucho en la ciudad, dormimos en el puerto por turnos, pero era difícil comunicarnos, ya que no encontramos nadie que hablara francés, pero Domingo no apareció, se había perdido o se lo habían robado. Al tercer día llegó el otro barco, hablé con el capitán que casualmente era de origen corso, me dijo que nos estaban esperando. Decidí continuar con el viaje, que mas

nos quedaba.

Al llegar a Ciudad Bolívar, nos estaba esperando Napoleón Figarella, un primo de más o menos unos 20 años. Nos preguntó: ¿y el más pequeño?, se perdió en Trinidad. Estábamos solos, los padres lejos y se nos había perdido un hermano.

Sin más partimos en una carreta tirada por caballos, esperamos como dos horas a la chalana en el paso del Caruachi, luego seguimos hasta Upata y nos quedamos en la casa de unos paisanos, que nos recibieron con mucho cariño, esa noche dormimos en unos chinchorros, primera vez que veíamos este aparato para dormir, por supuesto no pudimos dormir.

Antes de partir nos dieron un desayuno y ¡que sorpresa!, nos dieron unas tortas blancas calientes que llamaban arepas, no me gustaron, pero me la comí por pena y un revoltillo de huevos que llamaban perico. Me hacía falta el pan que hacía mamá.

TUMEREMO (CULEBRA PINTADA)

Al llegar a Tumeremo, nos alojamos con los Figarella, tenían una casa grande, con un patio interno y un gran patio trasero inclinado que terminaba en una quebrada, el calor era insostenible, nos sentamos bajo una mata de mango donde mejoraba la temperatura. Napoleón nos presentó a su padre, un señor mayor, quien era el primo de mi padre y el que había planificado cual sería nuestra suerte.

Le dije cuánto era lo que traía de dinero y se lo mostré, había varios luses de oro y otras monedas de plata, con eso podrán comprar una casa y sobra. Al día siguiente fuimos a ver una casa frente a una plaza que estaba a la venta, sin más la compré de acuerdo a lo que me dijo Napoleón, fuimos a la jefatura donde un escribiente hizo el documento de compra.

Nos inscribimos en el colegio para poder aprender el español, nos daba un poco de pena ya que éramos los mayores, todos nos llamaban “musiu”, aprendimos poco, pero lo suficiente para defendernos.

Con los Figarella, fuimos a la hacienda que éstos tenían en los alrededores del pueblo y ayudábamos con el trabajo. Por instrucciones de Napoleón, decidimos montar una bodega que nos ayudara con los gastos, en el salón frontal de la casa; nos presentaron a un corso que era el que se encargaba de traer la mercancía de la capital del estado al pueblo, de apellido Garibaldi.

Acompañamos en varias oportunidades a Napoleón a buscar oro y en la recolección del látex del árbol de “balatá”, era un trabajo muy rudo, porque teníamos que recoger la resina que drenaba de las escarificaciones que se le habían hecho a los árboles de balatá, tomar el recipiente y aplicarlo sobre una vara que se había colocado entre dos horquetas, se giraba la vara y se echaba el látex poco a poco, hasta formar un ovillo de unos 20 kilos de peso, que luego había que transportar hasta una carreta situada a cierta distancia, entre dos portadores. Sin lugar a duda era un trabajo extenuante, bajo unas temperaturas muy altas y con mucha humedad. También recogíamos unas semillas de un árbol de sarrapia, que se vendían a buen precio, a una compañía (American Tobacco Company) que periódicamente venía al pueblo para comprar las semillas, que usaban para perfumar los cigarrillos (Lucky Strike).

Hicimos el mostrador y los estantes, donde vendíamos de todo un poco, pero principalmente: café, azúcar, papelón, tabaco en rama y queso. Tenía que competir con el almacén “La Tacita de Plata” de Francisco Bucarelli. En la parte de atrás estaban las habitaciones y el fogón, en el patio trasero sembré cambures que me dio el primo. Que diferentes son las matas que aquí se dan, en comparación con mi pueblo, es decir con mi antiguo pueblo, (matas de olivo, morera, maquis y castaños) porque ahora éste era el mío.

Fui ahorrando y logré comprar unas bienhechurías en unas tierras (una legua), que se llamaba “El Cai-guao”, donde compré a crédito unos animales para

la cría, quedaba a una hora del pueblo, a caballo, a orillas del río Pariche. Tenía un caney que estaba en ruinas, donde encontré un alambique, que estaba roto, lo reparé y aprendí a preparar el ron a partir de la caña de azúcar, según la técnica que me enseñó el negro Michael, natural de Trinidad que apenas hablaba español, que vivía en el Callao y se dedicaba a la minería. La producción la embotellaba y la vendía en la bodega, especialmente a los indios de la región (Kariñas), que les gustaba más que el “Cachire” que ellos preparaban, lo apreciaban más. Esta bebida competía con otra bebida preparada por un paisano llamado: “anís Rassi”, el cual tenía hasta etiqueta, así que decidí, ponerle etiquetas al mío y lo llame: **“Ron Curuba”**.

Siempre recordaba para que no se me olvidasen las cosas que hacíamos en Partinello y las comentaba con mi hermano, para no olvidar nuestro origen: las playas de Caspiu, la Playa D`Osani en la Costa del Infierno y el Monte Cinto e incluso las comidas. Lo que más recordaba fue cuando nos llevaron a la “Fiesta de la Aceituna en Santa Lucía de Tallano”, donde las muchachas del pueblo bailaban la “Danza Moresca” usando cascabeles en los pies y luego los hombres representaban la batalla entre los cristianos y los moros.

Margarita, una dama principal del pueblo Kariña, que ya era racional (dicen los indígenas que se trata de aquellos indios que se han adaptado a la civilización criolla), solía comprar en mi bodega, un día me dijo que si podía contratar a su hija mayor, para que me ayudara en las labores del hogar y atendiera la bodega, que no quería tenerla en la casa, porque había huido de casa de su padre y ella estaba ahora casada con el Sr. Ferrer.

Se llamaba Mariana, de baja estatura, con facciones aindiada, pero bonita, con pelo largo que le llegaba a la cintura, no tendría más de catorce años, era tan pequeña que creo que me llegaba al ombligo, yo me-

dia cerca de dos metros y tenía 21 años. Comenzó a trabajar en las labores de la casa, el dinero que le pagaba se lo entregaba directamente a su madre, ella solo recibía los alimentos que le dábamos, dormía en el cuarto trasero. No sabía leer ni escribir, de manera que la inscribimos en la escuela, hacia sus labores en las mañanas y en las tardes asistía a la escuela. Sabía cocinar bien pero muy elemental, hacia un paloapique de primera, y sobre todo una sopa que llamaba “picadillo” que la hacía con tasajo de res, picado en cuadritos y verduras picadas en igual forma, le fui enseñando a preparar algunos otros platos, como la menestra, chanfaina y las islas flotantes, las cuales terminó de hacerlas como las de mi mamá.

Mariana fue una bendición para mí, no solo se ocupaba de las cosas de la casa, también nos ayudaba en la bodega y podíamos dejarla atendiendo el negocio y ocuparnos de otras labores. Pilaba el maíz, para hacer arepas, que ahora si me gustaban, sobre todo cuando las rellenaba con queso, le gustaba hacer cambures y merey “pasao”: se toman los cambures que ya no se pueden vender, porque están muy maduros, los pelaba y los colocaba en una lámina de cinc al sol y les colocaba un poco de azúcar o papelón “rayao”, les colocaba una tela de mosquitero para evitar que las moscas se le pararan, se ponían un poco secos y muy oscuros pero muy sabrosos, igual se hacía con la fruta del merey, se vendían mejor y siempre preguntaban por ellos. Los clientes traían los recipientes donde se colocaban el pedido, fue una bendición cuando comenzaron a llegar las bolsas de papel y sobre todo el papel parafinado, ya que podíamos despachar con más comodidad los cambures, los mereyes “pasao” y la manteca de cochino que venía en latas y nosotros la vendíamos detallada; antes de éstos solo teníamos papel de estraza. Cuando la llevábamos a la hacienda, tomaba las semillas del merey, las metía en un caldero negro mezclado con arena colocado en tres topias, así se

quemaba la cutícula que recubre la semilla, la cual despidió un humo muy tóxico, al estar negras, las sacaba de la arena dejaba enfriar y las golpeaba suavemente en el pilón y salía la semilla, blanca con algunos puntos de quemado, muy sabrosas, que además se vendían en la bodega. El arroz era un problema porque con frecuencia le caía gorgojos, yo pensaba en botarlo, pero Marianita, lo tomaba, lo esparcía sobre las laminas de cinc y lo ponía a tomar sol, los gorgojos huían y nuevamente se ponía a la venta, si se había picado mucho, ella lo ponía a la venta como alimento para las gallinas.

Cuando cumplí los 22 años le dije a Nuncio, tenemos lo suficiente para ir a Córcega a buscar a nuestros padres. Fuimos a Ciudad Bolívar y tomamos un barco, que nos llevó a Puerto España, donde permanecemos tres días esperando la llegada del barco que nos llevaría a Marsella. Llegamos a la pensión María Dolores, caminamos por la ciudad, buscando sin saber que buscar, queríamos encontrar a nuestro hermano perdido. Nos montamos en un barco de bandera española llamado "Alfonso XIII" que hizo escala en Barcelona y luego en Marsella, donde tomamos un pequeño barco de cabotaje que nos llevó a Puerto de Porto. Contratamos una carreta que nos llevó a Partinello, parecía un pueblo fantasma, tocamos la puerta de la casa, abrió la puerta Catalina, parecía que había visto unos muertos, no sabía que hacer, la abracé, salió nuestro padre que era menos efusivo y nos dijo: ¡Hola como están! Como si solo habían pasado dos días. Mamá no sabía que hacer, caminaba, nos ofrecía de todo. Les dije hemos venido a buscarlos, ya tenemos donde vivir.

Descansamos en nuestros cuartos que estaban como los habíamos dejado, Catalina lloró desconsolada cuando se nombró a Domingo.

Las comidas eran para no olvidarlas, caminamos con mi viejo y nos dijo: me alegro de verlos, pero no estamos en condiciones de acompañarlos, Catalina es-

tá enferma, el médico viene semanalmente, la ausculta y le entrega sus medicinas y yo estoy muy viejo para hacer esa travesía, nosotros nos quedamos, aquí tenemos como sobrevivir, no hubo forma de convencerlo, era una decisión tomada y firme.

Don Pascualle había sido asesinado y la vendetta se calmó.

Después de acompañarlos durante un mes, nos tomamos una foto para el recuerdo, contratamos al fotógrafo de Porto para este fin.



El viaje de regreso fue mas engorroso, había dificultades para hacer el viaje, ya que no encontramos barcos que viajaran para Trinidad, así que tomamos un barco que nos llevó a la Guaira y de ahí otro barco que se paró en cuanto puerto existía en la costa, hasta que llegó a Ciudad Bolívar. Por primera vez vimos un carro de motor en ésta ciudad, le dije a Nuncio: tenemos que reunir para comprar algo así.

De regreso al pueblo, revisé lo de la bodega y todo estaba en regla.

Al año del regreso de la visita, recibí una carta donde mi padre me participaba la muerte de mi madre. Debí sufrir mucho porque a los pocos meses recibí otra carta de un primo que me informaba de la muerte de mi padre.

Ese año compramos un carro, la gasolina nos la traían de Ciudad Bolívar en latas, que compraban en la bomba de "Juan Chorruto", éste vehículo nos permitía ir con mas facilidad al "Caiguao" y poder traer los productos que allá cosechábamos, así como el ron.

Conocí en la bodega al odontólogo del pueblo, llamado Matías Carrasco, con el cual entable una buena amistad, era natural de Guasipati y se había graduado en la primera promoción de odontólogos en la universidad de Caracas. Con alguna frecuencia viajábamos al Caiguao, donde me explicaba que estaba tratando de hacer una máquina para conservar la carne inyectándole con una agujas, salmuera, de manera que la carne no se secase tanto y sustituir el tasajo. Yo por mi parte le mostraba como hacíamos en Europa para conservar la carne de cochino, una vez que el matarife terminaba su operación, lo despresábamos y lo metíamos en un barril con salmuera, además entre capa y capa echábamos sal en grano, se comprimía para sacar la mayor cantidad de aire posible y lo cerrábamos herméticamente, de ésta forma se mantenía por varios meses; al destaparlo sacábamos las presas que queríamos preparar y cerrábamos de nuevo, ya no era necesario tenerlo hermético, de ésta manera teníamos carne para todo el año, igual técnica se usa con los peces.

Además lo consultaba cuando tenía algún problemas con los dientes, de manera que ya me había colocado algunos empastes de oro.

Napoleón era el ayudante del odontólogo y al poco tiempo monto tienda aparte y se anunciaba como

odontólogo práctico, atendiendo la clientela que no podía atender Matías y mas barato.

Tenia problema con los gatos que había en el "Caiguao", ya que se ingeniaban para comerse el queso de cincho que yo preparaba, de manera que preparé una trampa, hice unos quesos con mucha sal y encerré a los gatos con esos quesos salados, durante una semana, de manera que el único alimento que tenían era el queso salado, cuando los liberé, salieron corriendo a tomar agua. A partir del encierro cuando los gatos veían el queso se engrinchaban y huían despavoridos. *¡Santo remedio!*

En otras oportunidades viajábamos a la hacienda "las Elisas" que pertenecía al odontólogo, teníamos que pasar el rio Guasan y sobre todo el rio Chinai, que cuando crecía no permitía el paso, allí me mostró la máquina que estaba preparando para conservar la carne y que pensaba en patentarla.

Con el paso del tiempo me fui enamorando de Mariana, me contaba como era la vida en su casa, ella era el producto de una relación entre Margarita y Martin Jara, además de ella parió otra niña que llamaron Delfina. Martin abandona a Margarita y se casa con Sofía Girón de cuya unión nacieron 6 mujeres (Sofía, Heraclea, María, Josefita, María del Rosario y Magdalena). Por su parte Margarita se casó con el Sr. Ferrer y dio a luz dos niñas (Dolores y Anita) Martin Jara se llevó las dos hijas que tuvo con Margarita, pasando a ser las sirvienta de la casa y de sus nuevas hermanas, si algo salía mal, las castigaban amarrándolas desnudas y las torturaban quemándolas con la esperma de las velas. Cuando decidimos vivir junto se lo participé a su madre y ya no le pagué más, Margarita protestó y yo le dije: ella es mi mujer y no le voy a pagar mas, ella tiene conmigo lo que necesita. Y de una cosa pasamos a la otra y quedó embarazada, a los nueve meses parió un varón que le pusimos por nombre: José. Al año siguiente nos nació nuestro segundo hijo, otro varón que lo llama-

mos Julio.

La vida continuaba, los hijos crecían. Todas las tardes nos sentábamos debajo de una mata de mango a pasar el calor, me gustaba tomarme unos tragos de ron. Las gallinas correteaban en el patio, buscando alimento. Marianita, parece mentira pero en mi pueblo le colocábamos una mochila en el “derrière” a cada gallina para que los huevos no se cayeran por los barrancos, ella se reía de solo imaginar a cada gallina con su moral a cuestas.

En 1918, al terminar la Primera Guerra Mundial, Francia recuperó las provincias de Alsacia y Lorena y para esa misma fecha Marianita parió mi primera hija, por esta razón decidí ponerle esos nombres a ella, era muy blanca y pelirroja.



ALSACIA LORENA

Escogimos como padrinos para el bautizo a María del Rosario y a su esposo Matías Carrasco .

En una oportunidad iba a caballo para “Las Elisas” cuando venia el compadre Matías cabalgando una hermosa mula y traía dos paujés, con la intención de molestarlo le dije: no seas tan cruel, porque matas esos pobres animalitos. Allá en la pica del “Caiguao” hay tantos que tengo que apartarlos a manotazos y con las plumas que me quedan en las manos hago las escobas para barrer la casa.

Regrese con el y preparamos las aves y cominos con gran fruición.



MATIAS CARRASCO

MARIA DEL ROSARIO

El invierno era de especial importancia para la economía de la familia, ya que salíamos a las orillas de los ríos, donde por el lavado que el agua hacia de la arenas de las orillas, se destapaban los **cochanos**, en las llamadas minas de aluvión; nosotros lo hacíamos en el rio Cuyuní y en el rio Pariche, porque la mayoría del pueblo lo hacia en las orillas del Yuruari , que quedaba mas cerca del pueblo. Toda la familia participaba en la recolección, claro que esto sucedía en las primeras lluvias, porque al entrar de pleno el invierno, las playas eran tapadas por las aguas. Mariana tenia buen carácter, pero cuando se enojaba se le salía el indio, para tranquilizarla yo la cargaba sobre mis hombros , le sobaba la cabeza y le cantaba una canción de cuna que mi mamá nos cantaba:

Ah! Vous dirai-je maman

Ce qui cause mon tourment?

Papa veut que je raisonne

Comme une grande personne.

Moi je dis que les bonbons

Valent mieux que la raison

Terminaba riendo y así de le pasaba la rabia.

Comencé a sentirme mal, el abdomen me crecía, perdí el apetito; consulté con el médico de la medi-

catura, el cual me sentenció porque me dijo: ese ron que tu tomas te está matando, creo que tienes una cirrosis hepática, suspendí la bebida que no era fácil, de vez en cuando me tenía que tomar otro trago para tranquilizarme y además me quitaba el temblor, sentí que la luz se me apagaba. Mariana me cuidaba con devoción, todo lo que necesitaba me lo traía, ella solo quería que me recuperara.



Un día tome la decisión y me fui con Mariana a la jefatura y me casé con ella, reconocí los hijos que tenía, ahora ya tenían mi apellido, Nuncio me criticó mucho que me casara, que debía dejar las cosas así. Pero Marianita me tenía otra sorpresa, estaba embarazada de nuevo. Parió otra niña que le puse el nombre de mi madre: Catalina.

Nuncio se dedicaba más a la hacienda y yo a la bodega, él se había casado con una joven del pueblo y habían tenido cinco hijos, casi apareados con los míos. El mayor Nuncio, le decíamos Nuncito que además eran los ojos de Marianita, lo tenía consentido, luego nació Águeda, María, Humberto y Domingo.

Los hijos estaban todos en la escuela. Los mayores un poco más flojos, solo les interesaba la minería y la búsqueda de la sarrapia, pero lo que más les gustaba era ir al hipódromo, donde hacían apuestas, afortunadamente ganaban con frecuencia. Las más aplica-

das, las niñas, especialmente Alsacia que ya a los 12 años había terminado la primaria, tanto era así que la contrataron como ayudante de las maestras normalistas. Catalina necesitaba algunos empujones para que estudiara.

Los viajes para la hacienda disminuyeron, porque me sentía mal, ahora José era el que iba en un pequeño camión de estacas que había comprado.

En 1930, con apenas 52 años y mis hijos: José de 17 años, Julio 16, Alsacia 12 y Catalina 8. La enfermedad progresó, tenía la barriga hinchada y vómitos de sangre a repetición, me encomendé al señor, el cura me dio la extremaunción y morí.

ALSACIA LORENA

Marianita lloraba desconsolada, había perdido a su marido, Catalina y yo abrazamos a nuestra madre. Y mis hermanos con la tristeza reflejada en el rostro, no sabían cual sería su suerte, ya que todo en su vida dependía de su padre, no habían estudiado y no tenían trabajo. Asistieron al velorio mis padrinos, mi tío Nuncio acompañado de sus hijos Nuncito y Águeda, ésta última la más apegada a mí; mucha gente del pueblo, sus clientes y la colonia de corsos que eran unos cuantos. Montaron la urna en el camioncito de la familia, ya que el cementerio quedaba lejos, atrás caminábamos el cortejo, con algunas flores.

Permanecimos varios días como desorientados, la bodega estaba cerrada. Como a los quince días apareció Nuncio por la casa, para ver como estábamos y le entregó algo de dinero a mamá, le explicó que él se encargaría de ayudarnos, que para eso eran los hermanos; que él mensualmente nos daría algo para sobrevivir, mientras se recuperaban, que como ella no sabía de negocios él se encargaría de los bienes pero que para eso tendría que firmar éstos papeles, que él luego los llevaría al notario en Ciudad Bolívar.

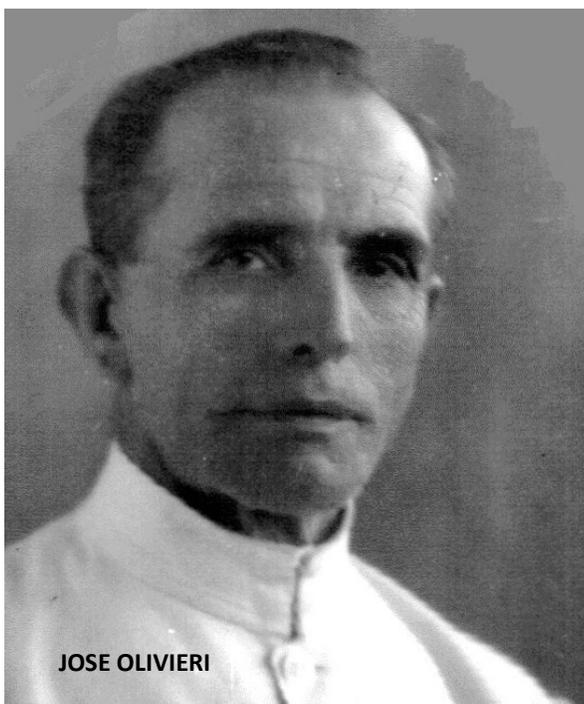
El hecho fue que nos quedamos sin la herencia de nuestro padre, la casa, la hacienda, los vehículos ya no nos pertenecían, con el paso de pocos meses ya no recibimos mas la manutención ofrecida.

El único ingreso real era el que recibíamos de mi trabajo en la escuela.

La casa se había puesto en venta, de manera que tendríamos que buscar en donde vivir.

Pero siempre hay un ángel protector, en éste caso se trataba de mi padrino, quien se había mudado para una casa mas grande y nos dio la casa anterior, que debíamos pagar como pudiéramos, sin ninguna presión, los patios de las dos casas se comunicaban. Teníamos una gran mata de níspero, que parece mentira, pero en ocasiones por la venta de los frutos obteníamos algún beneficio económico.

También teníamos el apoyo de José Olivieri, que era nuestro vecino y que nos traía algunos de los productos que el cosechaba en su hato "El Corumo", que casualmente quedaba al lado de "Las Elisás"



JOSE OLIVIERI

José, desaparecía por muchos días, decía que estaba en las minas, pero al regresar nunca traía nada a la casa, con el paso del tiempo las ausencia eran mas

largas, solo aparecía cuando se enfermaba, para que mamá lo cuidara, decían en el pueblo que lo que ganaba en las minas lo gastaba con mujeres.

Al contrario, Julio iba a las minas y con la explotación de la sarrapia, era el que se ocupaba del gasto de la casa, realmente fue el sustituto de papá.

Con el paso del tiempo, María del Rosario había tenido tres hijos mas, aparte de Elisa la mayor y de Enriqueta, que cuando nos mudamos tenia solo un año, una niña, Josefina, luego un varón, Tomás y por último una niña llamada Adela. Cuando tenían que hacer alguna diligencia yo me encargaba de cuidarlos. Mi tío Nuncio también tuvo otros hijos que fueron : una niña , que llamaron María, luego Humberto y por último Domingo.

Un día apareció José con una carro, que había comprado posiblemente con lo que ganaba en las minas, pero de el solo veíamos el polvero que dejaba.

Julio también compró un carro que lo llamaron: "la Taparita", donde paseaba a las muchachas del pueblo, la verdad que mis hermanos eran bastante enamorados, cambiaban de novias como quien se cambia la ropa; me decían que hasta tenían algunos hijos regados por ahí.



Catalina estaba muy apegada a mamá, pero era muy montuna, no le gustaba ir a las fiestas y prácticamente no tenia amigas. Tenia en el pueblo un enamorado que casi todos los días le escribía algunos versos, se llamaba José De Diego



CATALINA

*Se que ella, al verme, corre y se asusta,
Porque me mira de mala gana
y a pesar de eso cuanto me gusta
La catalina, la catalana*

Se inicio la construcción del aeropuerto de Tumere-
mo, instalaron un sistema de radio ayuda y con este
fin trajeron un experto de Puerto Rico. Casualmente
en unos de los vuelos iniciales me trasladaba para
Ciudad Bolívar a la casa de unas amigas: “las Álvarez”
y ahí lo vi y dije: éste es el mio.



OVIDIO DEJESÚS